

Este epicedio permanecía inédito hasta hoy.

Signatura:

Biblioteca Francisco Zabáburu.

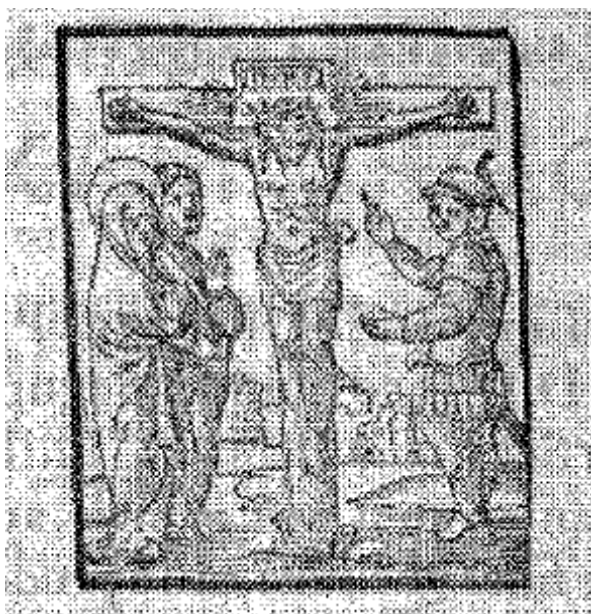
Colección Altamira, 154 GD1, docs. 90/1 a 6.

Web de ALVAR. Trad. de Ángel LUJÁN

EN LA MVERTE DEL iLVSTRÍSiMO Y
REVERENDÍSiMO SEÑOR DON DIEGO DE
ESPINOSA, PRÍNCIPE (O PÍO) CARDENAL
DE LA SACRA iGLESiA ROMANA, OBiSPO
DE SiGŪENZA, PRESIDENTE DEL CONSEJO
REAL E iNQViSiDOR SVPREMO, EPiCEDiO
DEL MAESTRO JVAN LÓPEZ DE HOYOS,
LAMENTANDO, CON CVÁNTA TRISTEZA,
LA MVERTE DE TAN GRAN PROTECTOR
AL PiE DE VN CRVCiFiJO DE NVESTRO
SALVADOR JESŪS.

AL CATÓLiCO E iNVICTÍSiMO REY DE
ESPAÑA, DE LAS DOS SiCiLiAS, DEL
NVEVO MVNDO Y LOS DEMÁS REiNOS,
EL PODEROSÍSiMO FELIPE SEGVNDO, EL
MEJOR Y MÁS GRANDE PADRE DE LA
PATRiA.

Las traducciones de los textos latinos se deben al
DR. ÁNGEL LUIS LUJÁN ATIENZA,
Profesor Contratado Doctor de Literatura Española.
Facultad de Educación de Cuenca.
Universidad de Castilla-La Mancha



EN LA MUERTE DEL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR DON DIEGO DE ESPINOSA, PRÍNCIPE (o PÍO) CARDENAL DE LA SACRA IGLESIA ROMANA, OBISPO DE SIGÜENZA, PRESIDENTE DEL CONSEJO REAL E INQUISIDOR SUPREMO, EPICEDIO DEL MAESTRO JUAN LÓPEZ DE HOYOS, LAMENTANDO, CON CUÁNTA TRISTEZA, LA MUERTE DE TAN GRAN PROTECTOR AL PIE DE UN CRUCIFIJO DE NUESTRO SALVADOR JESÚS.

AL CATÓLICO E INVICTÍSIMO REY DE ESPAÑA, DE LAS DOS SICILIAS, DEL NUEVO MUNDO Y LOS DEMÁS REINOS, EL PODEROSÍSIMO FELIPE SEGUNDO, EL MEJOR Y MÁS GRANDE PADRE DE LA PATRIA.

DIOS SANTO OMNIPOTENTE.

AL EMINENTÍSIMO PRÍNCIPE DE LA IGLESIA ROMANA PADRE (o PÍO) CARDENAL, SEÑOR DON DIEGO DE ESPINOSA, OBISPO DE SIGÜENZA, PRESIDENTE DEL CONSEJO DEL PODEROSÍSIMO FELIPE II REY DE LOS ESPAÑOLES, E INQUISIDOR SUPREMO, DOTADO DE ADMIRABLE PRUDENCIA Y MADUREZ ÚNICA DE INGENIO, INSIGNE EN LA RELIGIÓN, ORNAMENTO DE NUESTRA EDAD EN LA AMABLE DULZURA DE SU COMPORTAMIENTO, ÍNCLITO EN LOS MÁS DESTACADOS HONORES, QUE SUBIÓ A LAS CELESTES ASAMBLEAS DE LOS BIENAVENTURADOS POR REPENTINA MUERTE, SALVADO DEL MUNDO EL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1572. SE ERIGIÓ ESTE DIGNO MONUMENTO.

Mientras lamento con mucho pesar la muerte de Diego y yo mismo con tristeza me lacero el rostro y desde los más profundo del pecho lanzo a los aires etéreos suspiros en vano, resuenan extensamente los sollozos y el lloroso poema. ¡Ay, dolor! Oh, el desastre destrozó los hilos de la vida (al margen:

Isaías, 38); de la vida, en la cual Diego hubiera debido más bien superar a nuestros nietos o la larga edad de Néstor; él a quien el Rey, inspirado por la divinidad, había elegido de entre muchos para presidir el consejo Cesáreo y Sacro, él que fue distinguido con el honor cardenalicio, y regía, en sustitución del Rey Felipe, los pueblos Hesperios en paz segura. Muerte cruel, feroz, injusta y pálida, ¿qué envidia te empujó o qué dureza te inspiró para segar con tu hoz al hombre que gobernaba los reinos de Felipe?

Él fue manso, prudente, venerable, equitativo, cultivador de la justicia, amparo de la fe venerable, duro vengador de la herejía y defensor frente a los crímenes. El cual cuando ya había llegado a los honores más altos y abundaba en bienes de tesoros y ríos de riqueza, sin embargo no se ensoberbeció, no, dejándose llevar por el oro vano, despreció a nadie, ni soberbio levantó la cabeza (miró por encima a todos, se engrió). La esperanza, extinguida para mí, sucumbió disuelta por los aires veloces, y las Parcas me arrebataron a mi protector.

(Al margen: Cardenal de San Esteban de Monte Celio, adornos del alma que de modo admirable y sin límites adornan a los gobernantes. Comedimiento y dulzura y afabilidad de palabra).

¡Ay muerte odiosa! que tú sola con armas vengadoras pones freno a los espíritus elevados, y que tienes el poder común a todos los pueblos, y que conservas fidelidad a las leyes eternas (al margen: Romanos 5), que destrozas a grandes y pequeños, que igualas a los fuertes y a los débiles, y a los dirigentes con los pueblos y a jóvenes y viejos (margen: Sabiduría 7).

¿A dónde, tristes, corremos? ¿A dónde nos lleva nuestra locura? Nos dirigimos allí todos, avanzamos hacia el mismo y único fin (margen: Hebreos, 9; Isaías 40). Se disuelve toda dignidad en la muerte (o en el Leteo), y el color estigio recorre los miembros níveos, y se devastan los honores de la belleza, los cabellos canosos se cayeron, y la cerviz ultrajada se tumba en la piedra marmórea con el cuello flojo (que se deja caer) (margen: I Ad Corintios, 5). Los hados aguardan a todos, aprendamos a vivir en Cristo, de cuyo excelso mandato descenden todas las cosas (margen: Santiago I).

Único rey de reyes, solo a quien atienden los elementos, para quien viven todas las cosas que ven la luz del día por ti (margen: Salmo 118, salmo 21), con moderación te ruego que consules al pobre, socorras al vacilante (margen: Job 14); a ti te venero yo, a ti te celebraré de acuerdo con los ritos, en ti me apoyaré únicamente (margen: I Paral. 29), tú mi preocupación y descanso único de mis preocupaciones; tú mi fe segura, tú esperanza segura de mi salvación, tú salvación segura, tú aliento de mi espíritu enfermo, confiado en ti expulsaré del pecho la pestilencia horrible.

A mí, enfermo, me regirá y me instruirá la sabiduría del espíritu, me abrigará el corazón y lo renovará tu soplo con suaves brisas, de manera que prevalezca tu calor sobre cualquier otro, que habré despreciado. Que sin ti nada sea dulce, nada suave a mis médulas, nada bello a mis ojos ni deleitoso a mi mente, tú mi solo amor, tú solo fruto del amor; fuera de ti no desee en mi pecho malsano ninguna alabanza o me mueva ni el más mínimo deseo de fama en cualquier arte que ambicione los honores del vulgo despreciable (margen: Isaías

28, salmo 90, salmo 34, salmo 24, Isaías 28, salmo 50, salmo 118, salmo 72, Isaías 45). Tú mi alabanza, tu mi fama, tú únicamente mi gloria, tú mi fuerza, tú mi vigor, tú solo mi firme poder, riqueza y abundancia, para mí tú y de una vez por todas solo todas las cosas (margen: Jeremías 7, Éxodo 15).

No me hago esperar, iré a donde me llames, pero necesito tu voz, que resonaría en los oídos de la mente. Yo, que encuentro todo en ti, podría todas las cosas en ti. Rico, con honores, fuerte confiando en ti solo (margen: salmo 70, Job 14, Cantar de los Cantares 1, Sabiduría 7 y 6), aprenderé a despreciar los bienes, y menospreciar los honores vanos, sufriendo la pobreza y sin estar triste en los apuros (margen: salmo 70) y que no me sea duro trabajo ninguno. No me toque ninguna buena suerte, teniéndote a ti de consuelo, sino que sea la virtud, mayor que las acerbas miserias, la que venza (margen: salmo 107, salmo 16). Tú solo seas conmigo, tú des firmeza a mis pasos (huellas)¹.

Y coloques entre los próceres sagrados y la asamblea celestial al obispo que fue ornato de los tiempos excelsos con su gorro purpúreo, y apacentó por los sembrados de Sigüenza mil rebaños y apretó las fauces y gargantas salvajes de los lobos y, vigilante, protegió al redil y lo mantuvo a salvo (margen: salmo 79, salmo 112).

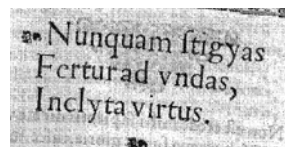
Créeme, no es propio del sabio decir: "Viviré". Toda gloria humana es fugaz, aprende a morir (margen: Isaías 40).

¹ Nota del Traductor: toda esta parte de invocación a Dios copia fragmentos de un poema de Marius Grudius, *Pia Poemata*, (1556): "Exomologesis Deo Optimo Maximo"



El justo, si ha meditado por adelantado en la muerte, vivirá con alivio (Sabiduría 4).

Que regresa con fortuna (inscripción numismática)



Nunca la ínclita virtud es arrastrada a las olas estigias (es decir: la ínclita virtud no muere).